

860-11866) PENÁ

D 419a

92

ARTURO PEÑA

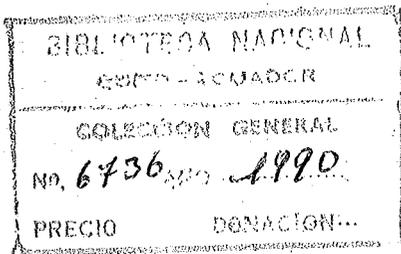
al

Intelectual Destacado, Sr. Dr.

Nicolas Jimenez

atentamente

ORO
NCIENSO
Y
MIRRA



0002026 - J.

EDITORIAL LABOR
QUITO-ECUADOR
MCMXXXII.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

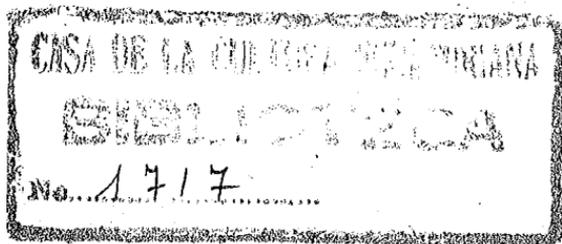
**Edición de 300 ejemplares
numerados del 1 al 300.**

EJEMPLAR N° 14

IMPRESA.-JUAN E. ORTIZ V.-CUENCA 35.-TELEFONO 17-50.

ORO

LOS ALAMOS



Los álamos enfilan
siluetas capuchinas,
y trazan paralelas callejas somnolientas;
son como frailes altos, de gestos enigmáticos,
y ungidos por el óleo de místico silencio.

Parece que meditan
en las cosas abstractas
o en todas las escenas que han visto estoicamente,



y que oran estirando las ramas, como brazos,
por tanta lacería que ante ellos se retuerce.

Cuando el viento estremece
sus figuras verdosas,
y se agitan las hojas de sus copas flexibles,
se diría se acercan a cambiar impresiones
o a contarse sus penas.

Tendrán pena los álamos?

Sentirán la nostalgia de mañanas soleadas,
cuando el sol no revienta su capullo de fuego,
en las horas opacas de los días de invierno
o tendrán la alegría de muchachos traviesos,
al sentir la frescura de las gotas del agua?

y cuando ágil se desloca,
entre sus verticilos,
huracán, que desgarrar, con sus dedos enormes,
llorarán de tristeza por sus hojas caídas,
que en el polvo se arrastran como vidas sin rumbo?

y tendrán un cariño, de ternuras agrestes,
a algún árbol-amada, que ha crecido muy cerca
o en un bosque distante?

y al pensarla, así, lejos. ...
y creer que a otra planta le dará sus amores,
con sus celos silvestres,
en su cuerpo de palo se enfriará la savia?

Yo no sé.

Yo no sé si ellos sienten
alegría o tristeza, porque el sol no les bese
con sus ondas doradas, o porque el aguacero
con sus chispas de plata no humedezca las lenguas
de sus hojas aladas.

Yo no sé si ellos tengan corazón en la fibra,
si aman, buenos, o si odian;
si perdonan y sufren;
si mediten callados,
si comentan y juzgan;
si se angustian de pena o si son impasibles;
si es que entienden o miran
las escenas que amparan los rincones del parque.

Sólo sé que ellos tienen una larga silueta
de perfiles contritos,
y que entre esas callejas que ellos trazan silentes,
desfilando van tantas alegrías fugaces
y derroches lujosos
—que se mezclan con una ironía perpetua—
con las penas que duelen y las duras pobreza
de las vidas que agotan las miserias humanas.

Y que al verlos erguirse,
alargados, en filas paralelas y estrechas,
me parece que marchan como escuálidos monjes,
que a azotazos dominan a los potros que suelta
el instinto en la sangre,
y que a fuerza de ayunos debilitan el barro,
sublimizan la vida, robustecen el alma.

Como escuálidos monjes
que, al prenderse la aurora con su luz escarlata,
rezan, llenos de gracia, los maitines y salmos,
por los pobres que arrastran su caroña en las calles,
por aquellos que llevan la garganta sangrienta,
—con las uñas que clava
el fantasma del hambre—
por aquellos deshechos, por aquellos ex-hombres
que batallan hundidos
en el ciénago inmundo de la infamia y del vicio.

Por aquellos, yo, creo
que oran, tristes, los álamos,
al trazar paralelas callejas somnolientas,
pues, son como altos frailes de gestos enigmáticos,
y ungidos por el óleo de místico silencio.

RETRATO LIRICO

TU ALMA.

Uu búcaro impoluto de espiritualidades,
un florecer de nardos y rosas eucarísticas;
Jordán inagotable que aúna sus piedades
con los cristales glaucos de las Castalias místicas.

TU CUERPO.

Bouquet que humanizado con tu carne morena,
de helénicos perfiles es un florecimiento,
conjuro que ha fundido belleza nazarena
con las fibras latinas en un encantamiento.

TU SILUETA.

Prodigio que ha plasmado los rasgos mitológicos,
en tu talle fileno, cual de una pitoniza;
volutas encarnadas, flexibles, paradógicas,
que ondulan la presencia de una sacerdotiza.

Cimbrante gallardía que emula a las palmeras,
y yergue tus contornos con auge soberano;
recordación constante de ardientes bayaderas,
que evocan las leyendas de un Oriente lejano.

TUS MANOS.

Consortio de palores, de nieves y de sedas,
que tienen las caricias ingenuas y raciales;
conjunto que ha mezclado sus lacidudes quedas
con el poder de ensalmo de lánguidas vestales.

TU FAZ.

Un sortilegio uncioso, que finge ser de cera,
y un emerger moreno de suave terciopelo,
que pone en su acromasia la ambigüedad viadera
de reinas legendarias de palidez de duelo.

TUS OJOS

Embrujo de destellos que brotan las auroras,
y que ha sintetizado con tu mirada arcana,
las llamaradas lacias de las pupilas moras
con el mirar tranquilo de la Samaritana;

e irradiación perpetua de soles enlutados,
que embrillan, somnolientos, dulzura evangelista;
fakires visionarios, que miran, asombrados,
las lindas stambules de tus sueños de artista.

TU BOCA

Capullo de vesania, con pétalos de sangre,
que pinta sus sonrisas en roja filigrana;
florequilla de carne que exhala en su desangre
eróticos perfumes de rosas de Ecbatana.

Hierático incensario que quema la palabra
que dice de cadencias de excelsitud de rezo;
nidal vivo de amor, en el que, sabio, labra
sus rojas tentaciones el mago azul del beso.

Tal es todo el milagro que la vida ha surtido.

Tal es todo el milagro que en tí se ha florecido.



EL AMOR

Virgen núbil que llega con sus tímidas plantas,
temblorosa, a la cámara del amado que espera,
y que tiene en sus formas, excitantes, las santas
locuras de la vida plena de primavera.

Que desflora el capullo de sus labios en besos
de apretadas ternuras, que nos saben a vida,
que desborda vehemencias en ingenuos excesos,
que no tiembla cobarde, que se da sin medida.

Que abre todas las urnas de los goces paganos,
y que pone en la blanca palidez de sus manos
las caricias salvajes de la raza de Agar.

Y que al tálamo lleva las ardenencias divinas
de la sangre, que corre por sus venas latinas,
y que escancia la gloria de saberse entregar.

ERA LEVE

Era leve y primorosa
como una rosa
del campo,
era blanca como el ampo
de la cresta de los Andes.

Yo le hablé de la tristeza
de la vida que ya empieza
a no tener ilusiones.

Yo le hablé del Gran Cansancio
del andar,
sin que se sepa
hasta cuando va a durar. . .
De la Muerte, y de la Vida
que nos hace mendigar
una esperanza mentida,
para tener que llorar.

Pero no me comprendía. . .
que su cabecita loca,
no sabía
del dolor,
ni de la pena que inspira,
cuando acaba, la mentira
del amor!

LA ULTIMA CANCION

Con majestad serena, su plumaje de seda,
va deslizando un cisne, gravemente, al nadar,
y va quizá añorando las caricias de Leda,
y siente que es muy dulce con ellas ensoñar.

Talvez va componiendo, bajo aquel plenilunio,
la melodía unciosa de su último cantar,
y llora las nostalgias de sus noches de junio,
de cielos embrujados de claridad lunar.

Talvez con la tristeza del cántico que fragua,
se angustia al contemplarse, tan pálido, en el agua,
y recogiendo el cuello se besa en el cristal.

Y piensa en la blancura de la princesa Leda,
y de su pico brota la melodía queda. . .

Y muere de añoranzas en la noche estival.

LA GITANA

I

Llegó la andariega tropa de gitanos
de trajes vistosos y de ojos lascivos,
trayendo sus hembras, que ven en las manos
la suerte, y sus osos danzantes, cautivos.

Alzaron sus carpas y ataron las pjaras,
ante las miradas de niñez perpleja,
y los mil colores de sus ropas claras
pusieron sonrisas en la plaza vieja.

Y Aura, la gitana de vida bohemia,
al son del pandero, que la danza apremia,
tremolar hacía su vientre redondo;

y mientras lucía, en ritos perfectos,
flexibles caderas y senos erectos,
me clavó sus ojos, muy hondo. . .muy hondo. . .!

II

Compré la gitana.

Una adormidera

fué su boca roja de labios jugosos,
y sus carnes duras, olientes a fiera,
tuvieron espasmos casi milagrosos.

Agoté las ansias de mi amor ardiente:
la cubrí de pieles, la vestí de sedas;
su nómada vida seguí, febrilmente,
le canté canciones muy dulces, muy quedas. . .

Pero estuvo triste, siempre, mi gitana. . . !
Y la saudad honda de la caravana
entre su mirada exótica ardía.

Y con los harapos de zíngara errante,
siguiendo el destino de su raza andante,
huyó una mañana la gitana mía!

III

(Su raza embotada de los fanatismos,
le dió la pujanza de instintos ambiguos,
y puso en su sangre tristes atabismos
de extrañas lujurias y ritos antiguos.

Amaba el misterio de las lejanías,
y sus ojos negros, ojos peregrinos,
quemaban nostalgias de los viejos días
de erranzas perpetuas, por largos caminos.

Y añoraba, siempre, su frágil vivienda,
y las noches esas que, bajo la tienda,
entre los harapos de color dormía;

y el instinto de hembra de raza salvaje
modeló sus carnes: ansiaba el ultraje
de gitanos bruscos. . .

No pudo ser mía!).

TARDES DE LA CIUDAD

Tardes de la ciudad, cargadas de fatiga,
con ese monorritmo de las horas iguales;
enfermas del absurdo de la vida que ostiga
con el tedio infecundo de las cosas vanales.

La tristeza que ambula como negra cuadriga,
que va halando el carruaje de las penas fatales;
el sarcasmo, viandante, de la suerte mendiga
del Amor, que es mentira, y las risas triunfales.

Los minutos pesados que sombríos desfilan
en el éxodo flébil del rodar sin descanso,
y las casas gigantes que las calles perfilan,

me laceran el alma con su aspecto que ostiga. . .
Tardes de la ciudad. . .Siempre las mismas tardes!
monótonas y grises, cargadas de fatiga!

SAUDAD ALDEANA

I

Noviecita ingenua, flor de campo abierto,
erguida a los soles de rubias mañanas,
flor de vida agreste, que nació en mi huerto,
de ojos asombrados y formas gitanas.

Hoy, bajo la pena del vivir incierto,
lejos de tus veras, me han nacido ganas
de llorar. . . y llevo mi espíritu yerto
en este desfile de horas ciudadanas;

y tengo nostalgia de campo: de oteros,
de árboles silvestres, de sol y de aire. . .
De todo lo que hubo en mis años primeros!

Noviecita ingenua, que yaces lejana. . .
Cómo te recuerdo, noviecita agreste,
en esta monótona vida ciudadana!

II

Muchachita:

Mientras en la aldea, yendo a tu faena,
te besan los rayos del sol de los campos,
y vives tu vida primitiva y buena,
copiando en tus ojos montes y barrancos;

mientras tu te pasas las horas, tranquila,
entre aquella calma que hay en los bohíos,
en tanto el ganado turba con la esquila,
la paz virgiliana de los sembradíos;

mientras te acarician, la carne morena,
en la tarde aldeana de gesto silvestre,
las brisas olientes a trigo, a berbena,

pienso en tu cariño, aquí, en la ciudad,
y, tú, en la comarca, talvez ni recuerdas
del señor que un día llegó a tu heredad.

CAMPESINO

Campesino, te envidio, tú, no entiendes la vida
ni el dolor de sentir una sed danaidezca,
que no sacia la farsa de la escena dolida,
en que somos guiñoles de la suerte truhanesca.

Tú, derrochas la calma del que todo lo ignora,
y tus ojos no miran más allá de las cosas;
tú, no sabes que ríe la ilusión en la aurora
ni por qué las espinas duran más que las rosas.

Vives, claro, tu vida, campesino, a tu modo. . .
y por esa inconciencia que en tu espíritu anida,
sin tener nada, tienes las riquezas del Todo. . .
Campesino, te envidio, tú, no entiendes la vida.

PAVANA

La luna desfleca todos los fulgores,
y cuaja el ambiente de romanticismo;
un rosal doblega sus lívidas flores,
y la calma tiene suave misticismo.

Llega entre las brisas un rumor lejano:
hojas que se arrastran, pasos de camino,
noctivagos sonos que reza un piano,
y que se oyen todos en un torbellino;

y el agua que pasa riendo truhanesca,
y que es una cinta de plata en la grama,
al correr, parece, dice, picaresca,
alguna pavana.

ENCARNACION ANTIGUA

A Susana Larrea F.

Tienes en tí, latente, la ignavia sibilina,
y aquel dominio mago que tuvo la Cumea;
y la exangüe seda de tu piel opalina,
te da todo el prestigio de una beldad hebrea.

Muestras en tus contornos la decadencia fina
de la silueta breve que lució Eritrea;
y el brillo con que quema la luz de tu retina
tiene el rayo incendiario del sol de Galilea.

Copias la boca roja con que besó Lucrecia,
y los labios delgados de las flores de Grecia,
pero sin que erotismos sus pétalos ultrajen.

Y tus dos crenchas brunas, que caen en melena,
dan al óvalo suave de tu rostro de helena,
la mística apariencia de una divina imagen.

CITA

Silenciosas se abren ya las celosías,
y una cabecita de rizos sedeños,
arrima las sienes en las rejas frías
y clava en la sombra los ojos risueños;

y entre los geranios y florida hortensia,
confundidos, rojos, húmedos, sangrantes,
se ven unos labios, flores de demencia,
pétalos traviosos, locos, palpitantes.

Sigilosamente, envuelto en su capa,
desde las penumbras, alguien va a las rejas,
y su amor, quemante, luego se le escapa,
y se oyen, entonces, amoriles quejas.

Luego un "No me olvides" y "Adios, vida mía",
un bullir de besos y suspiros leves,
el cerrarse suave de la celosía,
y el rumor de pasos que aléjanse breves.

EN LA TARDE DE LLUVIA

En el parque esta tarde, después que la garúa
lloró, su cristalino llorar, sobre los pinos
hay la sonrisa blonda del sol, que ya atenúa
la luz que se tamiza tras los ramajes finos.

Tarde de ensoñaciones, esta tarde, muriente,
que es como un palpitante y enorme pentagrama
de la canción de Vida del cipresal doliente,
de los blancos rosales y de la aérea retama.

Danzan sobre las hojas, en loca algarabía,
las gotas de la lluvia, que tiemblan rutilantes,
con un temblor de gemas y de cristalería.

Y la sutil caricia de la sonrisa rubia
del sol, que ya se apaga, con tibia dulcedumbre,
hechiza la tristeza de esta tarde de lluvia.

BESAME

Pobre mujercita!

Bésame, y no importa que yo te parezca
—como dices—loco,
bésame, que acaso mi triste locura
te contagie un poco. . .

Y entonces comprendas, pobre mujercita!
por qué es que el silencio aldaba mis labios
las tardes de cita.

Por qué es que la pena
florece en mi frente
arrugas, abstractas, así, derrepente.

Pobre mujercita! Bésame, mi vida,
unge con tus besos esas cicatrices
que hay en el alma herida
de este triste loco—como tú me dices:

DE PIRATERIA

Ayer fúí el pirata, que vivió inebriado
del placer, y tuve mi barco velero,
con jarcias de ensueños todo aparejado,
y con un velamen, de ilusión, ligero.

La proa dorada de mi nave breve,
desgarró las aguas de los siete mares,
y, gallardamente, deslizaba leve
su quilla, llevando lindos adamares.

Pues, en mis erranzas de piratería
quemé muchas bocas con la fiebre mía,
y ardientes mujeres fueron mi botín;

7 me dieron todas el frágil tesoro
1^a linos bordados y de crenchas de oro,
e guardé, afanoso, en mi bergantín.

UNA HADA PARISINA

A Maruja Larrea F.

Vestías negro traje de sedas de la Francia;
y como una flor blanca, que a las rosas encela,
precisa resaltaba tu pálida arrogancia,
que ornaban unas crenchas con su color canela.

Como diamantes hechos de gotas de rocío,
caídos en la albura de aquella flor tan blanca,
tus ojos, que son brujos de altivo poderío,
fluían su mirada, piadosamente, franca.

Y en lachaise-long de razo, galante, reclinabas
tu cuerpo sibarito, de frágil gallardía,
mientras con elegancia, lentamente, aspirabas
un "Chester", que en los lirios de tus dedos moría.

Armónicos conjuntos tenían tus posturas,
y había en tus sonrisas insinuación fraterna;
tus ademanes eran de rítmicas solturas,
y tenías el aire de una diosa moderna.

Manabas seducciones de leve figulina;
y viendo aquella albura que tu faz hermosea,
creí estar delante de una hada parisina,
o de una dama egregia de una corte europea.

LA NOCHE

Viene austera la noche
como una ave maligna, de plumaje enlutado,
que al tender la negrura da sus alas pesadas,
hace sombra en la danza de las horas que pasan.

Hace sombra. . .

Y la vida toma un tinte distinto,
que contrasta con toda la rutina del día,
y el minuto se enferma
de tinieblas y miedos, de amarguras y enigmas.

La tristeza, amparada por sus funebres plumas,
los puñales afila,
y descarga sus golpes
a mansalva en el alma.

Sopla el viento y azota
con su fujete de hielo
—que se torna más frío
con el frío que hierde
donde duelen las penas—

y el silvido vibrante de sus ondas veloces,
es como una rechifla
de la suerte, que burla los afanes más grandes.

En la noche los sueños
tienen auge, y se sube
a las blancas regiones
de la luna, en que viven
los ilusos ingenuos, los poetas y locos.

Se oyen voces extrañas,
que en las barcas ingravidas
del Silencio navegan;

y esos Seres que oculta
la ultra-tumba, parece,
que acompañan y siguen
nuestros pasos que cobran resonancia en las losas.

En la noche se agraba la dolencia del hambre,
que engarrota la lengua
de los parias y llena corazones con odio.

La canalla despierta,
y se fraguan los crímenes;
los contratos se pactan, y las de vida alegre,
venden besos y formas estrujadas y enfermas.

Y en la noche la vida toma un tinte distinto,
que contrasta con toda la rutina del día,
y el minuto se enferma
de tinieblas y miedos, de amarguras y enigmas.

LLUEVE

Cómo arrulla los sueños de la noche,
esta lluvia que cae intermitente. . .
Si parece que dice algún reproche,
dulcemente.

Llueve. . . Llueve. . . Y, aquí, desde mi pieza,
escuchando el aguaje que fecunda,
llueve en mi alma una tristeza
que me inunda. . . !

Y sigue. . .Y sigue el aguacero intermitente. . .
Si parece que dice algún reproche,
dulcemente,
mientras hilo mi pena en esta noche!

RECORDACION

Había en tu semblante, de unánimes palores,
bellezas que adornaban tus clásicas facciones;
y había en las retinas de tus ojos, ardores
que hablaban de pesares y de consolaciones.

Había en las violetas de tus ojeras lilas,
traidoras expresiones de una saudad secreta;
y el rito peregrino de lánguidas sibilas,
había en la arrogancia de tu leve silueta.

Llegaste un rubio día de mi vida a la vera,
hubo el bullir en mi alma de alegre primavera,
e hilvané esas horas con hilos de ilusión;

y presentí lo grande de tu espíritu quieto,
y aunque mis labios nunca te dieron mi secreto,
gravé tu imagen pura sobre mi corazón.

EN LA TARDE

Hoy que imprecisa la tarde inspira
con su tristeza crepuscular,
de nuestras almas una áurea lira
hagamos, para llorar!

Y ante el esfume de los matices,
sintiendo el blanco beso lunar,
de nuestras almas las cicatrices
abramos, para llorar.

Nuestros dolores nos contaremos,
y luego, tristes, los rimaremos
para esta tarde, los dos, llorar. . .

Deja que te hable como a una hermana,
y que te cuente mi historia arcana,
para contigo llorar. . .Llorar. . . !

FLOR SENTIMENTAL

Exangüe mujercita, que llegaste a mi senda
—como la de un romance del tiempo medioeval—
gitana de ojos lacios, que erigiste tu tienda,
en las profundidades arcanas de mi erial.

Huraña y misteriosa, llena de ambigüedades,
amabas las tristezas de la hora vespéral;
vivías el Silencio que hay en las soledades,
y eran tus ojos negros de una dulzura astral.

Enferma de inquietudes y de romanticismo,
tenías el prestigio de todo tu exotismo,
y el melancólico aire de una pena letal.

Cruzaste mis caminos, oh! pálida viajera,
y fuiste de mi vida la flor de primavera,
que me dió su fragancia de amor sentimental.

SOLLOZOS DE JUVENTUD

Juventud que vistes manto de tristezas,
para tí se han hecho sólo las durezas
de las horas negras de desolación,
que vibran aciagas en el corazón.

Sueños embrujados de albos ideales,
son tus rimas largas y los madrigales,
que van modulando la angustia dolida,
mientras se te apaga, de frío, la vida.

Y tus plantas pisan áridas arenas,
que hay en los caminos de todas las penas,
y escuchas doquiera: "La vida es amarga",
"Mentira el amor", "La senda muy larga!"

Juventud que sabes todas las fatigas
del andar inútil, y de ansias mendigas
de altos idealismos, y de hambres de Luz,
y clavada sigues en tu negra cruz,

crecen en tu huerto rosas de dolor,
rosas perfumadas de un cobarde amor,
que se va quedando con su miedo atras. . .
Que pudo ser y no será jamás!

Juventud, qué vales, si no hay para tí
las caricias hondas de unos labios, y
ojos que humedezcan su luz estelar,
cuando, enternecidos, te miren llorar;

y manos que sepan quitar las tristezas
—castos lirios blancos de suaves ternezas—
que sean como una sutil bendición
sobre el cáliz rojo de tu corazón?

Juventud, qué vales, si agostas, temprana,
tu vida sin que haya la voz de una hermana,
que cerca repita todas tus canciones,
con su acento lleno de consolaciones,

que suave, muy suave, te diga al oído,
tu mejor soneto de verso florido,
y, así, en el milagro de su dulce voz,
conozcas la Gloria y viajes a Dios?

Juventud, enferma de melancolías,
llora sobre todos tus fúnebres días,
que tu llanto acervo moje tu laúd. . .
Llora dulcemente, llora juventud!

INCIENSO

AL EMPEZAR

Al empezar, alumbre
tu Luz, mi pensamiento,
Oh! Señor,
mi corazón se encienda
con la divina lumbre
de tu Amor.

La inspiración me preste sus alas, y también
te rindan su tributo mis labios.

Amén.

PARA PODERTE AMAR

Para que mi alma se abra
a todo Amor,
yo busqué tu palabra,
Señor,

Para aprender a amarte
mejor,
me recogí a buscarte
en mi Interior.

Amé al pobre,
al que existe,
batallando, sobre
el lodo
del vicio y al triste,
Señor, y de este modo
pude encontrarte en todo.

AH! JERUSALEN

Crepúsculo rojo vestía de togas
de sangre, los montes, el valle y también
las cúpulas altas de las sinagogas,
y los minaretes de Jerusalén.

Miraba el Maestro, triste y pensativo,
—junto a Juan y Pedro, Santiago y Andrés—
desde las colinas del Monte de Olivo,
el templo que ruinas sería después.

Y habló a sus discípulos. . .Y la profecía
temblaba en lo dulce de su clara voz,
mientras lentamente la tarde moría.

Y lloró el Maestro. . .Y un eco, vibrante,
sólo repetía: ah! Jerusalén,
ah! Jerusalén, débil y distante. . .

HE SOÑADO YO TANTO!

He soñado yo tanto,
inutilmente,
que a mis ojos el llanto,
furtivamente,
asoma. . .

He soñado yo tanto. . . !

He bebido el beleño,
que adormece las penas, en el sueño;

y una dulce princesa
morena,
he formado en mi ensueño,
tan buena!
Y, así, a fuerza de tanto
soñar,
espérola que llegue,
. . .pero no ha de llegar!

Y, talvez, es mejor
que no venga,
Señor,
pues, a más de mi canto,
qué podría yo darle?

He soñado yo tanto. . . !

RESPONSO

A la memoria de
Alberto Vela S.

Hermano, para tí, quiero que no haya Olvido:
que sobreviva siempre tu nombre puro, inmens
que el frío de la tumba te dé calor de nido,
que mi llanto se torne, para tí, en incienso.

Que de tu cuerpo brote la vida en una rosa,
y tu sangre colore sus pétalos, y luego
que tus jóvenes carnes se tornen mariposa
de una policromía de terciopelo y fuego;

y que tu alma reluzca, como una eucaristía,
a los pies del Señor, en quien tanto creía,
mientras fué su fecunda existencia en la tierra.

Hermano, para tí, quiero que no haya Olvido:
que tu recuerdo sea como un rosal florido
en medio de mi vida donde el dolor se aferra.

Quito, 24 de Noviembre de 1931.

DOLOR QUE BENDIGO

Le amé como a pocas amé yo en la vida;
su carne florida
—quizá sin igual—
no encendió en mi sangre carbones malignos
de sensualidad.

Quise que ella alumbre
mi senda de pena. . .
Que sea la Estrella de mi Noche Buena!

La encontré una linda mañana de sol.

Fué la preterida
flor de mi jardín,
pero derrepente se me fué en la vida.

Nadie supo nada de este gran amor,
que me dió un dolor
que bendigo. . .Si!
porque me sitúa más cerca de Tí,
Señor!

MARIA

María, la hermana de Lázaro y Marta,
no cuida los leños del fogaril, y
de cosas vanales parece estar harta,
y escucha abstraída la voz del Rabí.

Desde que el Maestro llegó a la Betania,
se ha tornado triste. . .Sabe meditar!
Ya no se preocupa de su humilde alhania
ni de los quehaceres del aldeano hogar.

Sus ojos ya tienen un mirar extraño,
y su cabellera de color castaño
no peina como antes: olvidó su ayer!

Hoy va solamente, triste y pensativa,
de Jesús, oyendo la voz sensitiva,
y ajena a sus gracias de linda mujer.

DE MI AMOR A LAS MANOS

Señor, yo amo las manos de palidez de cirio,
enfermas de ternuras y de melancolía;
las manos de mi madre, y esas manos de lirio
que extiende, aladamente, la dulce amada mía.

Las manos que el trabajo tiene ya endurecidas,
las manos del obrero que a la lucha se aferra,
las que llantos enjugan y curan las heridas;
amo las manos rudas del que labra la tierra.

Las manos del orfebre del verso, y del artista,
y aquellas monacales manos de evangelista,
ungidas por el óleo sublime del Amor.

Las manos que apaciguan el tedio de mis horas. . .
Y a esas que en la sombra levántanse traidoras
y hiérenme, también, yo las amo, Señor.

FRANCISCO DE ASIS

El humilde santo de los sacrificios,
el pobre y sublime Francisco de Asís,
cubría sus carnes de agudos cilicios
que le torturaban, bajo el sayal gris.

Hermano de todos los tristes mortales,
cumplía las leyes de Cristo Señor,
y llamaba hermanos a los animales,
hermanos menores, por gracia de Amor.

Francisco en el alma tenía un santuario
de recogimiento, para la Oración. . .
Francisco pensaba mucho en el Calvario.

Y, así fué, que un día floreció el enigma
en su cuerpo virgen, Carne de Pasión,
Como flores vivas las rosas de estigma.

QUE NO ME COMPRENDA!

Qué no me comprenda!
Se derrumbaría
todo el sortilegio
que tiene mi amar,
y, entonces, sería
mi amor, como tantos, vulgar. . .
Brotaría
el tedio
del conocimiento
en donde el misterio
puso la dulzura de su embrujamiento.

Y como es preciso que para entenderme,
sienta ella la vida,
como yo la siento: aciaga, dolida;
y como no quiero que clave la pena
sus dagas agudas en su almita buena,
Señor,
qué no me comprenda. . .

Qué no me comprenda. . . !

Así está mejor!!

SEÑOR!

Oh! la gran tristeza de la vida fútil
ensombra mis horas enfermas de tedio,
y el afán de Ser, que se torna inútil,
es mal que me mata sin que haya remedio,

Señor, es ya tanta la angustia de mi alma,
que a tientas camina llevando su cruz,
que hace que mi vida sedienta de calma,
humilde te implore limosnas de luz.

Es duro. . .muy duro, Señor, el camino,
y densas las sombras que hay en mi destino,
y quiero que alumbres mi senda, Señor.

Mi planta sangrante de andar ya desiste
y toda esta vida inútil y triste
está envenenada. . . ! Señor!

LA MUERTE ES ENGAÑO

La muerte es engaño, la Muerte no existe,
no priva la Muerte al Ser de la vida,
tan sólo es el cambio por el que se viste
allá, en los Espacios, forma más lucida.

La Vida no acaba, la Vida subsiste
después de la Muerte y en la Muerte misma,
y no hay por qué tanto la Muerte contriste. . .
No sé por qué al hombre la Muerte le abisma!

Morir es vestirse de más puras galas,
es metamorfosis por la que áureas alas
las almas adquieren para ir hacia Dios.

La Muerte es la senda que lleva a la Vida,
del hombre, no entiendo por qué es tan temida
si al morir se puede del Padre ir en pos.

ENTONCES HAS DE VER

Cuando llegues al plano
del Silencio, contrito,
y hundido en el arcano
te sientas infinito.

Cuando te sepas dueño
del cuerpo que te encierra,
y no el hombre pequeño
hecho sólo de tierra.

Cuando en horas serenas
arranques las cadenas
de la carne, tan fuerte,

y, así, te sientas Ser,
entonces, has de ver,
que no temes la Muerte.

BAJO LAS ESTRELLAS

Di, frívolo hermano, no te dice nada
la quietud que enseña su rostro sombrío,
la bóveda inmensa, la noche callada
y el conglomerado que llamas Vacío?

Acaso no escuchas una voz callada
que en tu fondo canta una melodía;
no te dice nada la luz emanada
de aquellas estrellas en la lejanía?

Jh!, frívolo hermano, comprende el mensaje
que trae la noche sobre su ropaje
de agosto silencio, de calma y negror.

Tu YO adormecido, con sus enseñanzas,
despierta y contempla, lleno de esperanzas,
que allá, en las estrellas, hay Vida y Amor.

POR QUE?

Señor!

Por qué busco un amor?
es mi pregunta;
por qué al afán de hallarte,
tenazmente, se ajunta
el deseo, insensato,
de encontrar un cariño,
ante él cual yo me sienta,
tímidamente, niño.

Señor!

Es mi pregunta: por qué busco un amor?

Yo sé que con hallarte,
Señor, tendría todo!
mas, de ese mismo modo
con que quiere encontrarte
el alma, por qué el lodo
busca otro lodo a quien
pueda él amar también?

OH! ALMA

Llevas en tu esencia de Dios reflejada
la llama omnisciente de su reflexión,
y vas recorriendo la triste jornada
de esta encarnación.

Te presto la tierra tu carnal morada,
en tanto dure esta peregrinación,
para que prograses, oh! alma, encerrada,
en tu evolución.

Oh! alma, es por eso mi voluntad fuerte
te insiste que Subas, para que la Muerte
te encuentre más alto. . .Mejor!

Y, así, cuando el cuerpo que ahora te encierra,
mañana devuelvas a la Madre Tierra,
halles una Vida de Amor!

ES AFAN

Como una araña, tejiendo
su tela, mi fantasía
sobre mi vida sombría
va tejiendo, va tejiendo.

Y fantásticos hurdiendo
mis ensueños, suavemente,
en el telar subconsciente
van hurdiendo, van hurdiendo.

Pero esta triste manía,
de tejer en poesía,
mi ilusión,

es, Señor, tan solamente,
un afán, insuficiente,
de Ascención.

PERDON

Por sus manos breves que nunca supieron
darme una caricia de consolación.

Por sus ojos negros que no se prendieron,
con la llamarada, loca, de pasión.

Por sus labios finos que no florecieron
en besos vibrantes de erótica unción.

Por sus senos castos que no se mecieron
al ritmo ardoroso de su corazón.

Por su cuerpo virgen y su faz morena,
que amé con una ansia sensitiva y buena.
Por su alma de nieve que heló mi ilusión.

Y por mi cariño que llenó de agravios,
yo quiero que brote, Señor, en mis labios,
dulcemente triste, para ella el perdón.

MAESTRO

Maestro, tu mano
a todos tendiste,
al rico, al anciano,
al pobre y al triste.

Brindabas consuelo
con tus enseñanzas,
y creaste el cielo
por dar esperanzas.

Tu acento sereno
vibraba de pleno
amor a los hombres. . .

Oh! cuánto tu amaste. . .
y no te fijaste
en castas ni nombres.

DE TI APRENDI

De Ti
aprendí
amar como a hermano
todo ser humano;

y, así,
oh! Rabí,
con amor cristiano,
a todos les tiendo mi mano.

Perdón
para el mal
que me hacen, abrigo por Tí,

y es tal
mi emoción,
que yo te bendigo, Rabí.

MIRRA

BIO

Hay una emocionada tristeza
en los suburbios,
de calles retorcidas,
en donde la Pobreza
se esconde en los tugurios de puertas denegridas.

En ellos el ambiente se carga
de pesares,
y las horas vulgares
hacen la vida amarga.

La pena alza sus fríos pináculos
de angustias,
y el tedio, como un pulpo, sujeta, en sus tentáculos
las existencias mustias;

y el tétrico fantasma del hambre,
eternizada, sus garras, sanguinarias,
clava entre aquel enjambre
de vidas proletarias. . .

de vidas que carcomen la Treponema
Pálida, la mugre y el alcohol
y, a veces, los deseos, de la ansiedad suprema,
de alguna Flor de fango nostálgica de Sol!

En los suburbios iza
su harapo, por bandera,
aquel Rey que entroniza
la gris pobreza artera.

Indómito el instinto, sus troncos
encabrita, de afanes meretricios,
y sus colmillos broncos,
hincan en carnes flacas las sierpes de los vicios;

y entre paredes sucias, oculto
el haraposo César de la tristeza,
mezcla las vidas viles, en fétido tumulto,
con esas vidas blancas que abate la pobreza.

Están ahí fundidos la podre
y el Deber. Y en esos escondrijos,
que enfría la penuria,
están los mal-nacidos, los hijos
de lujuria,
el pobre
que mendiga,
la moza seducida, la núbil, la ramera,
la madre y el obrero que, entre la lucha fiera,
por el pan se fatiga.

Y en cada puerta atisba, con mueca
de ironía, que una sonrisa labra,
profundamente hueca,
la Hermana de las Sombras, la Emperatriz macabra.

LO INMITIGABLE

la ciudad, con la faz de cemento,
no amortigua el dolor que se acuesta
en sus barrios —tan viejos—de cuento.

Ni las fírvolas risas acallan
los gemidos en los extramuros,
donde tantas angustias estallan,
entre fríos rincones oscuros.

Y aquel lujo de gentes de rango,
que pasean ante amplios vitrales,
no engalana a los hijos del fango,

ni sus pálidas carnes abriga,
en las noches, de los arrabales,
donde el tedio de ser, cruel, hostiga.

EL CIEGO

Pone en la tristeza de su voz un ruego,
—que es una plegaria del dolor que arrecia—
el mendigo inmóvil, que es un mozo ciego,
que pide en la fría oquedad de la iglesia.

Tienen sus pupilas un color nublado,
y enfermas de Noche que no espera día,
son como si Dios hubiéselas vendado,
para que no vean tanta lacería.

la dádiva pide de los feligreses. . .
su mano alargada tiene un gesto inútil,
mientras implora, rezando sus preces,

las gentes se agrupan ante él, impasibles,
y siguen saliendo de adorar a Cristo. . . !!
como si sus ruegos fueran inoibles.

CONTRASTES

Arrebujada en sedas de rica petulancia,
una hija favorita de la fortuna ciega,
va rítmica, luciendo su grácil arrogancia,
en tanto que en sus labios una sonrisa juega.

Metido en la piojera de sus rotos andrajos,
que dejan ver la podre de carnes ulceradas,
arrastra la indigencia que hay en los barrios bajos,
un viejo pordiosero de lánguidas miradas.

La frívola muchacha que va frágil y altiva,
—ceñidos los perfiles que tiemblan en su talle—
se cruza con el viejo que es una llaga viva.

Un gesto repugnante la faz de aquélla adquiere. . .
El pobre se conturba. . .y pasan por la calle,
así, esos contrastes de la Vida que hieren.

HERENCIA FATAL

Hambrientos muchachos de los arrabales,
ambulan las tardes buscándose el pan,
sus ojos taladran los limpios vitrales
—que miran la calle—del gran restaurant.

Sus pálidos rostros llevan el cansancio
de los condenados, siempre, a mendigar;
la vida para ellos tiene un sabor rancio,
y apenas empiezan saben ya Llorar!

Oh! negra ambulancia la de la pobreza
de aquellos muchachos carentes de amor,
que pronto aprendieron lo que es la tristeza.

Nacidos, acaso, de ciega lujuria,
tienen por herencia de fatal dolor,
conquistar la vida de entre la penuria!

EL DOLOR

Por todas las calles desfila el dolor!
En todas las vidas levanta su tienda,
envenena todos los filtros de amor,
y es el bandolero que asalta en la Senda.

El pone la angustia, de su reino triste,
en el alma, en donde sus Sombras desliza,
retiene de negro fatal lo que existe,
y trueca la hoguera de Vida en ceniza.

Vive en los palacios y en los meretricios:
se viste de sedas y también de andrajos.
Es el que conduce más pronto a los vicios.

Va por las ciudades, por el campo y por
los glaucos abismos de todos los mares.
Es nube en los cielos y espina en la flor.

HOSPITAL

Casa que desplomas tu fachada blanca,
antro de dolores y de podredumbre;
umbral que atraviezan las vidas que arranca
la impábida Reina de la pesadumbre.

En tí, hasta las flores revientan cohibidas;
bajo la influencia de tu maleficio,
los cipreces alzan copas desvalidas
como si sufrieran tu tétrico auspicio.

Y aquélla, la Reina de fúnebres galas,
la guadañadora de mano inclemente,
pasea impalpable por entre tus salas.

Hospital, recinto del dolor que asedia,
en tí, cuantos hombres acaban la farsa
de vivir actuando su tragicomedia.

CUADRO DE HOSPITAL

Deja caer el sol una caricia tibia
sobre la ancha tristeza de una azotea antigua,
y la onda voluptuosa de su calor alivia
a los convalescientes de una sala contigua.

Unos tienden su vista de mirada indolente,
por los ángulos grises, otros hablan despacio;
una joven Cruz Roja, de mandil reluciente,
acomoda a un enfermo bajo el sol de topacio.

Una hermana acompaña, lentamente, a un inválido
que pasea su cuerpo, valanceando en muletas,
mientras surca el dolor su semblante ya pálido;

y están todos marcados con la huella letal
que en el rostro burilan las profundas dolencias,
al par que las penas que hay en el hospital.

SALA DE HOSPITAL

Caras que perfila la Muerte que llega,
y ojos que se vidrian de un miedo letal;
bocas que la fiebre sitibunda pliega
en ansia que tiene mueca funeral.

Médicos que cruzan.

Hombres melancólicos.

Quejidos que gritan el dolor del mal.
Enfermos que tienen rostros espasmódicos,
y todos los gestos del rato fatal.

Olores viciados: ceroformo, yodo.
Las paredes frías y blancas de cal;
camas numeradas, en filas es todo

lo que es una Sala del viejo hospital,
en donde retuerse la carne, de lodo,
su fin, dolorida de angustia brutal.

HERMANA ENFERMERA

Hermana enfermera, Dios está contigo,
porque estás con todos los menesterosos:
tú aplacas el hambre del pobre mendigo,
y en los lazaretos curas los leprosos.

Tus tocas monjiles ponen su blancura,
entre tanta podre de míseros males;
bendita porque haces tuya la amargura
de aquéllos que asistes en los hospitales.

Tus manos piadosas derraman consuelo
sobre la tristeza que mata al enfermo,
y llevas en tu alma la gloria del cielo.

Dios está contigo, hermana enfermera,
porque estás con todos los menesterosos,
del Amor de Cristo, como mensajera.

UNA FLOR DE SUBURBIO

Crecida en la cloaca del vicio,
nunca supo de las caricias castas, y cuando fue
mujer,
también siguió el oficio
de la hembra que una noche le dió el ser.

Supo de aberraciones, de besos
y blasfemias;
congestionó sus formas de espasmos, con excesos,
en las horas sensuales de las noches bohemias.

Vendía
su carnada, turgente,
de pecados ocultos y de histeria,
porque así, fácilmente,
vencía
a la miseria.

Pero unas manos buenas, un día no estrujaron
su cuerpo; y unos labios la besaron
de tal modo,
que su alma de suburbio, se abrió como una flor,
—que se yergue en el lodo—
al beso del amor. . .

SATAN

Prendiendo la sangre, de venas enfermas,
por donde circulan flaquezas espúreas,
Satán se pasea por calles que, yermas,
alojan hogueras de ardientes lujurias.

Y pone en los miembros que merman los vicios,
las ansias secretas de afanes carnales,
que, lentos, se tornan en crueles cilicios,
que afilan los siete pecados mortales.

Los ojos enciende con llamas felinas,
y crispa las manos de las asesinas
locuras, que irritan la furia bestial.

Y con el hechizo de las tentaciones,
—que brotan al paso de rojas pasiones—
Satán se pasea por el arrabal.

LAS BUSCADORAS

Cruzan por las aceras, en la noche sombría,
aquellas buscadoras del pan con el amor,
que saben que es muy triste ser hijas de la vía,
pero que con la risa disfrazan su dolor.

En sus ojos insomnes salta la picardía
que un colirio abrillanta con sabia falsedad,
y en los labios exangües, carentes de alegría,
el rouge pone la sangre de la frivolidad.

Y bajo leves tules su cuerpo macerado,
tiene gran apariencia de morbidez sensual,
que oculta ulceraciones con las que está marcado.

Y cruzan las aceras, ante todos los quicios,
y son como las flores tiradas al fangal
por la miseria, hambriente, comadre de los vicios.

POR QUE NO RETORNAS?

la sibarita flor, que te marchitas,
entamente y sola, con tu malandanza,
y que en tus ojeras, vas llevando, escritas,
arcanas angustias de desesperanza.

Tú que sientes cómo tu vida se mengua,
con luciferinos antojos exiguos;
que ves que la risa tu pena no amengua,
ni alegra tus tristes placeres ambiguos.

Tú que ya conoces el dolor del vicio,
y que inficionada tu carne morena,
sabes que mañana será flor de hospicio;

por qué no retornas hacia Cristo, nena,
y sacudes todo tu carnal suplicio?
Por qué no te vuelves mujercita buena?

MADRE

Sin rouge que pinte sangre ni prenda locos fuegos,
en labios maternos que escancian el dolor;
sin razos que atavien, con lujosos palaciegos,
las formas que, enfermizas, no tienen ya primor.

Llevando en sus perfiles palores de agonía
que en el rostro le estigman una angustia letal,
la madre arrabalera, contra su carne fría
estrecha el fruto débil de su pasión fatal.

Sus ojos encendidos con luz febricitante,
—perdidos entre ojeras de un negro alucinante—
le miran lagrimados y embríllanse de amor,

y por su faz exangüe, furtivamente, ruedan
dos lágrimas de plata, que temblorosas quedan
al borde de los labios que escancian el dolor.

POBREZAS

Crueldades que tiene la suerte salobre,
y llenan el alma de cruda tristeza:
mirar las angustias de la amada pobre,
sentir los estragos de nuestra pobreza.

Ver esos vestidos que ella lleva sobre
sus pálidas carnes, de enferma belleza,
humildes y hoscos; temer que zozobre
su vida que flébil la jornada empieza,

e íntimamente sentir los espasmos
que el corazón rompen, ante la dureza
de la suerte burda llena de sarcasmos;

y, sólo, en silencio, llorar la tristeza
de toda la angustia de la amada pobre,
y las impotencias de nuestra pobreza.

LA CARNADA

La turba enmugrecida
que en el suburbio pudre su vida,
entre el fangal,
bebiendo en el destino del pobre,
la tristeza de realidad salobre,
es carne de hospital.

Carne que, palpitante, los vicios
llevarán al patio de los hospicios.

Carne de lacería
que irá a la cárcel, donde
se esconde
la villanía.

Carne de los pecados y del venablo
ígneo, de aquel señor don Dialio.

Y es carne de dolor, la turba enmugrecida
que en el suburbio pudre su vida,
entre el fangal;
carne de todo vicio,
de cárcel y de hospicio,
del diablo y de hospital!

LLAGAS AMBULANTES

Los sábados tarde, son las procesiones, lentas y cohibidas, de los mendicantes, que son los desfiles de sucios girones de trapos que enseñan llagas repugnantes.

Recorren aquellas casas señoriales, en las que reclaman la piedad cristiana, y sus cuerpos, yertos, llevan las señales de los latigazos de la vida humana.

Mascullen plegarias, sus bocas hambrientas,
—que son los cantares gagozos del pobre—
y sus remendadas ropas harapientas,

ponen una mancha de pobreza, sobre
los zaguanes esos en los que mendigan
mendrugos de pan, monedas de cobre.

VEN NO MAS HERMANO

Vén a mis umbrales, llega hasta mi pieza,
vén cuando tu quieras, tarde o muy temprano,
que siempre está abierta para la Pobreza. . .
para los proscritos del amparo humano.

Vén y aunque no encuentres en ella riqueza,
en verdad te digo que hallarás, hermano,
siquiera un consuelo para tu tristeza,
y una mano amiga que estreche tu mano.

Llégate, y no temes, golpea mi puerta. . .
ya digo que, siempre, para tí está abierta,
entra pordiosero, no temas entrar.

Además, quién sabe que algo pueda darte,
que Dios que es tan bueno, para, así, aliviarte,
me dé la limosna de que pueda hoy dar.

MI ULTIMO DECIR

Hijos del suburbio: hijos
de la Madre Pobreza que tiene
dolores prolijos. . .

Hermanos, en Nuestra Señora,
Indolente, de la Realidad,
que nos da la pena que en los ojos llora,
y flébil devora
las vidas que se hunden en la soledad.

Creo en el derecho que tenéis a todo
lo de los mimados
de la suerte ciega,
ya que como aquéllos, también sois formados
con el mismo lodo.

Creo que, en vosotros, duermo
—en vuestras almas—
el Angel Excelso que vencerá al mal,
pero que es preciso que no estéis inermes,
y sepáis luchar
y antes que las palmas
os de la victoria,
limpieis del Espíritu
las manchas de escoria
y os alzéis, triunfantes, de entre el lodazal.

Hijos del suburbio: obreros,
truanes,
mujeres ramera
—flores que se agostan en las madrigueras—
niños desvalidos, viejos ganapanes,
y dulces troveros,
de alma de tristeza,
que arroja a trasmuros la dura pobreza,
amo
vuestro Ser, y vuestro dolor
lloro y, con mi canto, os llamo
a las puertas de un mundo mejor,
en donde sus téas
enciende la Luz,
fulgen prepotentes, magnas, las Ideas
y el Amor
nos abre sus brazos, en cruz.

FIN

INDICE

ORO

Páginas

Los álamos.....	11
Retrato lírico.....	17
El amor.....	23
Era leve.....	25
La última canción.....	27
La gitana.....	29
Tardes de la ciudad.....	35
Saudad aldeana.....	37
Campesino.....	41
Pavana.....	43
Encarnación antigua.....	45
Cita.....	47
En la tarde de lluvia.....	49
Bésame.....	51
De piratería.....	53
Una hada parisina.....	55
La noche.....	57
Llueve.....	61
Recordación.....	63
En la tarde.....	65
Flor sentimental.....	67
Sollozos de juventud.....	69

INCIENSO

	<u>Páginas</u>
Al empezar.....	79
Para poderte amar.....	81
Ah! Jerusalén.....	83
He soñado yo tanto!.....	85
Responso.....	87
Dolor que bendigo.....	89
María.....	91
De mi amor a las manos.....	93
Francisco de Asís.....	95
Qué no me comprenda!.....	97
Señor!.....	98
La muerte es engaño.....	101
Entonces has de ver.....	103
Bajo las estrellas.....	105
Por qué?.....	107
Oh! alma.....	109
Es afán.....	111
Perdón.....	113
Maestro.....	115
De tí aprendí.....	117

MIRRA

El suburbio.....	125
Lo inmitigable.....	129
El ciego.....	131
Contrastes.....	138
Herencia fatal.....	135
El dolor.....	137

	<u>Páginas</u>
Hospital.....	139
Cuadro de hospital.....	141
Sala de hospital.....	143
Hermana enfermera.....	145
Una flor de suburbio.....	147
Satán.....	149
Las buscadoras.....	151
Por qué no retornas?.....	153
Madre.....	155
Pobrezas.....	157
La carnada.....	159
Llagas ambulantes.....	161
Vén no mas hermano.....	163
Mi último decir.....	165
Indice.....	171

